

EL CORREO DE LA MODA,

PERIÓDICO DE LITERATURA, EDUCACION, TEATROS, LABORES Y MODAS.

Los artículos contenidos en este número son propiedad.

SUMARIO. *Revista Semanal*, por D.^a Carolina Sorel.—*El amor fraternal*, por D.^a Angela Grassi.—*El Arrepentimiento* (poesía), por D. Antonio Arnao.—*La educacion de un padre*, por D.^a Camila Avilés.—*Teatros*, por don Diego de Rivera.—*Modas*.—**LÁMINAS:** *Figurin*, núm. 825.—*Grabado de Modas*.

REVISTA SEMANAL.



L acontecimiento mas notable de la semana, que podemos consignar en esta Revista, es la funcion dada en la noche del domingo por la señora condesa de Montijo en su deliciosa quinta de los Carabancheles, en obsequio de la jóven y bella duquesa de Osuna. El objeto de la Condesa era dar á conocer á á su convidada la parte de la buena sociedad madrileña que, por excepcion, se ha quedado á pasar el verano en las orillas del Manzanares, y si por su número no podrian mayormente llamar la atencion las presentadas, por su elegancia, su belleza, el buen gusto y riqueza de sus tocados, habrán dado á la noble Princesa alemana una alta idea de la distincion y finura que reina en los círculos aristocráticos de la corte de España.

Lástima que no haya pasado en ellos siquiera un invierno: así esta dalia del Norte, al brillar en los salones de la Embajada de España en San Petersburgo, añadiría al prestigio de sus gracias naturales el fragante aroma adquirido entre las rosas de su nueva patria.

Seria una vulgaridad en nosotros el reseñar la magnificencia de esta funcion, tan brillante como todas las que acostumbra á dar la ilustre Condesa. Otra reunion, destinada en su mayor parte á los niños, tendrá lugar mañana en el nuevo salon construido en el piso bajo de la encantadora quinta.

Entretanto, si Madrid no se divierte, no será ciertamente por falta de ocasiones. Conciertos en los Jardines de Apolo, dirigidos por el Sr. Barbieri:

conciertos en los Campos Eliseos, por el Sr. Cepeda; conciertos en el Tivoli, por el Sr. Fortuny, terminando todos ellos con vistosos fuegos artificiales.

La frescura de las mañanas convida tambien á saludables paseos en el Retiro. Las mamás juegan al escondite con el sol, guareciéndose de sus rayos á la sombra de los árboles que hermosean las plazoletas: los niños y niñas á la pelota ó al aro, y las jóvenes al juego llamado la *Gracia*, el mas á propósito para que puedan lucir las de sus quince años. Consiste este juego en lanzar al aire á considerable altura, por medio de dos bastoncitos, que se llevan uno en cada mano, un aro pequeño, que se recoge en los mismos con destreza al caer.

Es mas interesante jugándolo entre dos niñas colocadas una en frente de otra á quince ó veinte pasos de distancia, enviándose reciprocamente el aro, que se recoge y devuelve con los bastones sin que caiga al suelo, como se hace con un volante. Este juego, al mismo tiempo que una diversion, es un ejercicio saludable, que facilita el desarrollo, y que por medio del movimiento de los brazos descubre graciosamente el tallo, dándole una soltura tan natural como encantadora.

Desde los balcones de nuestra redaccion vemos todas las mañanas regresar de su paseo matutino estas caravanas de familia, trayendo las niñas los objetos de sus juegos, sus sombrillas blancas ó de lienzo crudo, y alguna mas cariñosa, la silla de tijera que ha llevado para que descansase su respetable abuelita.

Esta corriente de niñas de familias bien acomodadas, se cruza con otra de niñas pobres que bajan á la misma hora al Colegio-Noviciado de las hijas de la Caridad, sito en la calle de Jesús, donde estas piadosas mujeres dan gratuitamente la enseñanza religiosa, moral y de labores á mas de trescientas niñas, que mañana serán otras tantas madres de familia, y harán este distrito de Madrid un plantel de ciudadanos honrados.

Así comprendemos nosotros la civilizacion y el progreso: no tratamos de hacer á la mujer profesora en ciencias, ni dedicarla á oficios propios del hombre, la queremos mujer de su casa.

La vida del campo es tan agradable en la estación que atravesamos, que hasta los que pasan en Madrid estos meses caniculares, quieren hacerse la ilusión, como hemos dicho mas arriba, de que viven en el campo. Se nos ha olvidado decir que la mayor parte de las madrugadoras llevan al Retiro sombreritos redondos.

A propósito de esto, vamos á indicar á nuestras lectoras un vestido de campo de la mayor elegancia (*Figurin núm. 825.*) El sombrero es de crin blanca, de ala redonda, levantada de un lado solamente, con ramos de lirios blancos y cinta de terciopelo verde. El vestido, de alpaca blanco, va adornado de rizados de cinta verde. La primera falda, recogida á los lados por lazos de cinta verde, deja ver una se-

gunda, recortado el bajo en picos, orillados de bie-ses de seda verde. La manga es ajustada, con rizado de cinta en la hombrera. El cuerpo-cinturon, muy escotado, lleva igual adorno, y tambien un echarpe de la misma tela del vestido, que completa el traje. Le acompaña una camiseta de muselina, con pliegues, alta y cerrada, con un cuello de picos que sujeta un lazo de cinta verde.

Como traje de paseo, se recomienda uno de seda color de lila, cuyo cuerpo-casaca, sin mangas, va cortado en recto por delante, y se prolonga por detrás y por los lados en grandes picos, y en cada uno de estos, hay un lazo de encaje blanco, que sirve de pié á una palma, bordada de seda negra: un ancho volante del mismo encaje, adorna el bajo del abrigo, llevando por cabeza un terciopelito negro; dos de estos guarnecen la hombrera, sirviendo de manga corta una guarnicion de encaje: la manga larga es de muselina, cerrada en un puño de seda lila. El cinturon es de seda, bordado de negro y cubierto de un encaje blanco. Las palmas bordadas de seda negra se repiten en el bajo de la falda, saliendo de un lazo de encaje blanco, que forma cogidos de trecho en trecho.

Un sombrero, *Lesbia*, acompaña á este traje. Es de paja de arroz, adornado de cordones de flores.

CAROLINA SOREL.

INSTRUCCION.

EL AMOR FRATERNAL.

El primer bien que produce la familia es el dulcísimo amor fraternal; amor puro, tranquilo, santo, que nace con nosotros, que se desarrolla en el regazo de nuestra madre, que va creciendo entre los juegos de la infancia, y que sobrevive á todas las pasiones tumultuosas de la vida, porque es á la vez eco de un pasado siempre delicioso; i eco de la voz amiga que nos alienta y fortifica, cuando nos encaminamos con incierto paso hácia la tumba!

¡El amor fraternal es el que engendra luego el amor de la humanidad; es la fuente del bien, de donde surgen la compasion, la caridad, el amor pátrio, y cuantas virtudes sociales elevan al hombre hasta el Sér Supremo, padre de todos sus hijos, amparo de todas sus criaturas!

¡Hermano! ¡Santa y tiernísima palabra, que basta por sí sola á conmover el alma!

¡Cuán bello es oír en los labios del rico, del poderoso, el nombre de hermano, prodigado al que tiritando de frio pide una limosna á la puerta de su casa; cuán consolador es oírlo en los lábios del dichoso, cuando lo concede

al que llora, privado de todas las venturas de la tierra!

Porque hermano quiere decir: sér de mi mismo sér, alma de mi misma alma, igual en un todo á mí, por la naturaleza ó por la sangre.

¡El niño que crece solo, sin disfrutar de las plácidas caricias de un hermano, es como una caña que sucumbe al vendabal, porque no tiene otra caña en que apoyarse; el hombre que no halla en el mundo un sér virtuoso á quien pueda llamar hermano suyo, nunca tendrá ni goces, ni expansion, ni dicha verdadera!

Muchos son los rasgos de amor fraternal que registra la historia, ninguno tan bello como el de la bella Catalina Cornaro, que lo era de cuerpo y alma.

En el tiempo en que la República de Venecia, llegada á su apogeo, podía llamarse señora de los mares, tendió sus miradas codiciosas sobre la isla de Chipre, en donde reinaban los Príncipes descendientes de Guy de Lusignan.

Chipre, la isla beata, porque es fecunda y rica en cuantos bienes puede producir la naturaleza; que tiene vides como no las hay en ninguna otra parte de la tierra; limoneros, naranjos y palmeras como no se conocen en ningún otro clima del universo; que guarda en sus montes

tesoros incalculables de oro, plata y esmeraldas; que ostenta rocas de un cristal tan espléndido como el diamante, y de precioso mármol rojo, que no tiene compañero.

Chipre, la *isla voluptuosa*, formada por el amor, en donde el amor tenía su residencia; en donde humeaban constantemente cien y cien aras, consagradas á la Diosa de la suprema hermosura, á la madre del ciego niño, por los habitantes de Pafos, Amatunta y Salamina; en donde los amorcillos se solazaban por los sacros bosques perfumados, confiando á los céfiros, á los pájaros, á las aguas, los amantes transportes de Vénus con el bello Adonis, confiándoles las quejas dolorosas de Vénus por la muerte del bello Adonis: en donde vivir es amar, porque convida al amor la tierra risueña, el cielo riente, el mar siempre en calma, las flores, la brisa, los plácidos ecos!...

¡Chipre, en fin, la *isla encantadora*, en donde los mismos Dioses tenían uno de sus cuatro Olimpos, y que cuanto hermosa y codiciada, fué siempre esclava y juguete de las demás naciones!

Con el Diluvio principiaron sus desdichas: poblóla Cétima, sobrino de Noé, avasallóla Nino, rey de Asiria, y la robó á Nino, Amasías, rey de Egipto,

Sufrió sucesivamente el yugo de los argivos, de los fenicios, y cayó en poder de los romanos. Antonio la regaló á Cleopatra, en cambio de una sonrisa. Dividido despues el Imperio, tocó en suerte á los Emperadores de Oriente. Mas tarde, conquistóla Ricardo, corazon de Leon, quien la vendió primero á los Templarios, y luego la cedió á los Príncipes de Lusitania, para indemnizarlos de la pérdida de Jerusalem.

¡Hoy son los turcos los que vagan por sus campos asolados! ¡Es la media luna la que brilla en las torres de Nicosia, Pafos y Salamina!

Entonces la República Veneciana ansiaba poseerla, ya que no por las armas, por medio de la astucia.

A este efecto buscó á la hija mas bella de las Lagunas y la envió á Nicosia. Los habitantes de la ciudad cuando la vieron desembarcar de una nave, cuyos cables eran de oro, cuyas velas eran de púrpura, creyeron que sería la misma Vénus que surgía de la espuma de los mares, y la llevaron en triunfo hasta el palacio régio.

Catalina Cornaro, que apenas contaba 13 años, y que era inocente y pura como las rosas de Mayo, ignoraba á lo que venia. Creía venir únicamente acompañando á su hermano, Andrés Cornaro, enviado de la República cerca del Rey de Chipre, Jacobo de Lusitania.

Al cabo de un mes subia Catalina las gradas del trono, adornada con el régio manto, y llevando en la frente la diadema. La República habia negociado su enlace con el Rey, y habia sido la madrina de su boda.

Muy poco duró, empero, su ventura. Jacobo murió, dejando el cetro entre sus débiles manos.

Catalina, merced en parte á su precoz talento y á la flexibilidad de su carácter; merced en parte tambien á la proteccion de Venecia, que la llamaba hipócritamente abijada suya, supo hacer frente á las fracciones interiores que conmovian al reino, y á las amenazas exteriores de los Príncipes, que consideraban fácil la conquista de Chipre gobernada por una mujer, al frente de los cuales estaba

Alfonso, Rey de Aragon, desposado con una hija natural del Rey difunto.

Cuando unos y otros enemigos quedaron vencidos y anonadados, la República creyó que ya era tiempo de apoderarse de la presa codiciada.

Un dia en que Catalina, desde una ventana de su palacio, contemplaba el magnífico golpe de vista que ofrecia Nicosia, ciudad bellísima, llena de palacios á la italiana, de plazas, de monumentos, de iglesias, que está dividida en dos por el rio Pedeo, y cercada de altos montes, el mayor de los cuales es Santa Cruz, antes Olimpo, cuya falda está cubierta de verdura, cuya cima está cubierta de nieves sempiternas, ese dia, pues, mientras Catalina se estasiaba, absorta en la contemplacion de tan bello cuadro, entró repentinamente su hermano.

Traía el rostro pálido, el ademan descompuesto.

—¿Qué tienes? qué es lo que tienes? exclamó la Reina sobresaltada.

Andrés la mostró un pliego que estrujaba entre sus manos.

—¡La República, dijo con voz sombría, quiere arrancar de tus sienes la corona, quiere que sea yo quien te la arranque!

Catalina se puso pálida á su vez, de sorpresa é indignacion.

—¡No! exclamó, ¡no tengo el alma tan cobarde que acceda á sus viles pretensiones! ¿Cómo habia de dejar un reino hermoso y rico, en donde gozo de las consideraciones, de la dignidad suprema y del amor de mis vasallos, para descender y confundirme entre la plebe? ¡Locura es el pensarlo! Basta con que la República posea mi reino despues que yo no exista.

Andrés, por toda respuesta, la tendió de nuevo el pliego.

En él la tenebrosa Señoría le amenaza con la muerte, si no llevaba á buen término la negociacion propuesta, y bien sabido era que el Leon de San Márcos no rujía nunca en vano.

Catalina, aterrada, se arrojó en sus brazos vertiendo un raudal de lágrimas.

—Hermano, dijo despues irguiendo su hermosa frente, llena de majestad y nobleza; ni tu vida ni la mia pueden inclinar el fiel de la balanza, si están en el otro lado mis vasallos! ¡Ellos antes que nosotros, Andrés, son mis hijos! ¡Ellos antes que nadie! Déjame sola hoy: mañana tendrás una respuesta.

Al dia siguiente, Catalina convocó á su córte para una solemne ceremonia, y mandó que el pueblo tuviese libre entrada en su palacio y en la sala régia.

Llegada la hora, se presentó á la Asamblea, adornada con las insignias reales, y dirigiéndose al pueblo, en un sencillo discurso, le hizo comprender cuál era su situacion y las amenazas de Venecia.

El pueblo se mostró digno de su noble Soberana, porque al oirla prorumpió en exclamaciones de cólera, en fervidos juramentos de adhesion eterna, y mil voces gritaron:

—¡A las armas! ¡A las armas! ¡Derramemos hasta la última gota de sangre en defensa de nuestra Soberana!

—¡Gracias, pueblo mio, gracias! exclamó Catalina anegada en llanto.

Y luego repuso dirigiéndose á su hermano :

—Ya ves, y así puedes manifestarlo á la ilustre Señoría, que está en mi mano el dejar la corona ó conservarla, que mis súbditos me aman, y están prontos á morir por mí con solo que yo pronuncie una palabra!... Esta palabra, yo no la pronunciaré...

Hablad vosotros, sábios consejeros míos; decid qué es lo que está mejor á mi leal pueblo : ser enemigo de Venecia ó su vasallo: os elijo por árbitros de su suerte y de la mia.

Los altos dignatarios, á cuyo juicio apelaba Catalina, ya porque estuviesen comprados por el oro de la ambiciosa reina del Adriático, ó ya porque fuese esta su opinion, manifestaron la necesidad de adherirse espontáneamente á la República, que mas tarde ó mas temprano debía acabar por sojuzgarlos é imponerles mas onerosas condiciones.

Imposible es describir el tumulto que estalló en la sala al oír estas palabras. El pueblo, transportado de ira, quiso atentar á la vida de los que así opinaban en contra de su adorada Reina.

—Basta, dijo Catalina, con un gesto lleno de gracia y majestad; estos consejos son hijos de la prudencia, vuestras generosas manifestaciones son hijas del amor.

Yo debo atender á la prudencia, y una vez que ya solo se trata de mí misma, sacrificarme en aras del amor fraterno. ¡Pero quiero que conste de un modo solemne, que renuncio al cetro y á la corona; que renuncio á todos los goces de la vida, tan solo por salvarte, hermano mio, y que

de tí y no de mí es de quien Venecia recibirá mi reino!

Al decir esto, se despidió llorando de su corte y de su pueblo, repartió entre unos y otros sus alhajas, y despues, arrojándose en los brazos de su hermano, exclamó:

—No puedo hacer mas por tí: ¡tuya soy! ¡Llévame adonde te plazca!

Algunos dias despues, el estandarte de San Márcos ondeaba en Famagusta y en toda la isla, que quedó aneja á los dominios de la República.

¡La Reina partió de Chipre con la muerte en el corazón, pero Dios la reservaba mil consuelos en premio de su sacrificio!

Cuando la nave que debía conducirla á Venecia levó anclas, el pueblo, arrodillado en todo lo largo de la costa, la envió un tiernísimo adios de despedida, envuelto en sollozos, y fervientes bendiciones!

Cuando llegó á Venecia, la República la hizo un recibimiento magnífico, conduciéndola en triunfo á un bello palacio, erigido para ella en el Trevisano, y además de una fuerte suma de dinero contante, la señaló una buena pensión para sí y sus descendientes.

Catalina vivió feliz, honrada y bendecida, gozando del fervido amor de su hermano, del amor de un esposo noble y bello, que había elegido por sí misma, y del amor de sus hijos, que perpetuaron sus virtudes, porque siempre descienden los dones del cielo sobre aquellos que saben llevar á cabo nobles rasgos y magnánimas acciones!

ANGELA GRASSI.

LITERATURA.

EL ARREPENTIDO.

Al pié del altar sagrado
Donde la imagen se ve
De Cristo crucificado,
Clama un siervo del pecado
Con el grito de la fé:

—¡Heme á tu planta, señor!
En triste llanto deshecho
Vengo á mostrarte el dolor
Que despedaza mi pecho
Cerrado para tu amor.

Aunque tarde, comprendí
Que en está morada impura
Que florido Edem creí
Solo hay noche y amargura
Separándonos de tí.

Ciego entre lides crüentas
Voy cruzando por la vida
Donde á la humildad alientas
Cual ave que cruza herida
La region de las tormentas.

Goce y dicha ambicioné,
Mas por lograr lo que ansiaba
La virtud sacrifiqué;
Y hallando lo que buscaba
Mi infortunio al par hallé.

Todos advertir pudieron
Las lágrimas de mis ojos,
Todos mis quejas oyeron,
Mis piés desgarrados vieron
Por los punzantes abrojos;

Mas ninguno en tanta pena
Me brindó un consuelo humano
Con alma clemente y buena...
¡Y me llamaban hermano,
Con acento de sirena!

Tú que mi soberbia viste
Me humillaste por el suelo;
Mas oyendo mi voz triste,
Desde tu trono del cielo
De mí te compadeciste.



¡Dios y Padre! aunque no soy
Digno de tu amparo santo,
Rendido y humilde estoy:
De mi oprobio me levanto:
De tí vine y á tí voy.

Y aunque con rigor me hirieres,
No abandonarte jamás
Te prometo por quien eres!
¡Enclávame, si lo quieres,
En esa cruz en que estás!—

Dice el pecador contrito,
Y una voz siente en el alma
Que parte de lo infinito...
¡Ella sus tormentos calma!
¡Es la del perdon bendito!

ANTONIO ARNAO.

LA EDUCACION DE UN PADRE.

El coronel Khisberg, su hija y el jóven capitán Gustavo, conversaban en la galería baja.—Sí, señor, decía el coronel, lo he dicho y lo sostengo, mas de una vez son los hijos quienes educan á los padres. ¿A quién debo yo mi educación sino á esta señorita? ¿Os reis? ¡Acaso pensais que mi enseñanza fué algo tardía! No lo niego; pero la verdad es que una niña de seis años me hizo aprender á obrar como Dios manda, y á olvidar cuanto el diablo enseña.

—Nunca me habeis referido esa grande obra de misericordia, exclamó el gallardo capitán, sonriendo á su futura esposa.

—Cuéntasela sin omitir ningún detalle, y entretanto fumaré un cigarro al aire libre; yo quiero que tu relación me haga llorar, y vea este valiente que no soy mas que un viejo niño. No te andes con repulgos, hija mía. Te mando que hables de mis defectos como si hablaras del Gran Turco.

El coronel salió al jardín, y comenzó á pasear arriba y abajo por delante de las ventanas de la próxima galería.

—Mi padre, como sabeis, comenzó á decir María, mandaba el primer regimiento de coraceros, y era, con razón, tenido por uno de los jefes mas severos y mas bizarros del ejército francés. Muchas veces decian sus hermanos de armas, que su ejemplo y los relámpagos que salian de sus ojos al oír el silbido de las balas, los electrizaba de manera que hasta los mas cobardes le seguian con entusiasmo y confianza. Todos le admiraban al par que le temian, porque sus arrebatos eran terribles y harto frecuentes, por desgracia de mi madre.

Se había casado sin conocer á fondo las virtudes y las prendas que adornaban á su esposa, niña tímida y modesta, que ignoraba el arte de hacerlas valer. Vióse mal comprendida, y sin quejarse bajó la cabeza y reconcentróse dentro de sí misma, buscando en el cumplimiento de su deber y en el amor al estudio, la dicha que no hallaba en el matrimonio. Tardó algunos años en tener hijos. Mi padre no los deseaba... Nací yo... ¿Qué pasó por el alma de mi pa-

dre? No sé decirlo, pero hubo en ella una revolución extraña. Cedió á ese atractivo que une á las almas fuertes y generosas con las débiles criaturas colocadas bajo su amparo. Mil veces me lo ha dicho, su pecho, inaccesible hasta entonces á la ternura, se ablandó para mí de modo que parecía derretirse con el primer beso que me dió: inflámole la llama de un amor ciego, apasionado, loco. No es fácil decir lo que mi padre me quería.

—¡Qué ha de ser fácil! Yo lo juzgo imposible, prorumpió el veterano deteniéndose el pie de la ventana. Todo lo que diga es poco. Al ver á mi niña me la hubiera comido, mis manos de hierro se volvieran de mantquilla para tocarla; yo no sé dónde fui á buscar en mi cabeza y mis labios cancioncillas con que adormecerla. En fin, ¿lo creereis? Yo, que nunca supe hasta entonces hilvanar cuatro renglones seguidos, escribí á mi hermano una carta de seis cuartillas, para decir en todas las formas posibles: «Tengo una hija.»

—Acababan de desmamarme, continuó María, cuando estalló la guerra con España. El regimiento debía partir á Vitoria, y mi padre decidió llevarme consigo. Mi madre trató de hacerle algunas juiciosas reflexiones acerca de los inconvenientes de una marcha peligrosa para mi edad, pero mi padre la selló los labios con decirle: «Yo lo quiero, y basta.» A esta razón nadie replicaba, con esas palabras estaba dicho todo, y no quedaba mas recurso que obedecer y callar.

Entré, pues, en campaña dos ó tres días despues de haber cumplido los dos años.

El regimiento caminaba delante de nosotras; mi madre, mi aya y yo seguíamos á la retaguardia en una berlina escoltada por un piquete. Por la noche acampábamos; desplegábase la tienda de mi padre, llevaban mi camita junto al lecho de mi padre, y como yo no quería dormirme si él no ponía su cabeza sobre mi almohada, cada noche, á eso de las ocho, dejaba sus ocupaciones, quitábase las botas y se tendía junto á mí con la pachorra del mundo; yo le cojía el cuello con ambas manos, y no le soltaba sino despues que me rendía el sueño.

La campaña se hizo desastrosa. Mi padre resolvió que nos quedáramos en un pueblo de Guipúzcoa, pero al ir á darnos el último adiós, sin saber cómo, varió de plan. Yo estaba sentada en una de esas sillitas en que las madres previsoras encierran á los niños para que no se caigan. Muchas veces me lo ha contado mi madre. El rostro de mi padre se pegó á mi rostro, sus brazos me estrecharon largo rato; por último, con voz ahogada exclamó: «No puedo.» Y en seguida me arrebató con silla y todo, mi madre nos siguió, el aya siguió á mi madre, y hénos nuevamente siguiendo á la division, tan pronto á una legua, tan pronto á media, y acampando por la noche cuando podian desplegarse las tiendas.

La influencia de una niña relajó hasta cierto punto la disciplina; yo representaba junto al vigoroso militar el papel de la misericordia. Mi presencia, como la de los soberanos, era la señal de gracia; si la casualidad me ponía delante á un soldado que llevaban preso, yo gritaba pidiendo su perdón, y grave tenía que ser su falta para que no le obtuviera, ó cuando menos una gran rebaja en el castigo.

Mi boca era un manantial de peticiones, gracias, á un sargento veterano que me queria mucho, y no se descuidaba en soplar al oído lo que habia de pedir; ya era el reparto de algunas raciones de aguardiente, vino, rom ó cosa tal, ya la licencia de un soldado enfermo. Y ¡Dios me lo perdone! pero no está mi conciencia muy segura de no haber pedido el saqueo de alguna poblacion.

Todo el regimiento me queria y obsequiaba. La oficialidad me regalaba dulces y flores. La música me daba serenatas, y los pobres soldados se hubieran dejado hacer trizas por defenderme.

Mamá solo era coqueta para vestirme, y era de ver lo elegante que me presentaba en medio de aquel campamento de soldados, que me respetaban y querian como á su ángel tutelar... Dispensadme, Gustavo estas que parecen alabanzas propias, y no son mas que desahogos de un corazón agradecido: mi corazón está lleno de recuerdos, y sin poderlo remediar, cedo á la corriente de mis ideas, y hablo de todo cuanto se refiere á la idolatría paternal.

Mi padre sostenia que á mi lado era cobarde; la víspera de una batalla no queria verme: una vez estuvo herido gravemente, y no permitió que me llevaran junto á su lecho, hasta despues de pasado el peligro: temia ser débil al verte llorar, me dijo despues de la cura.

Yo era ciega por mi padre, y por muy celoso que fuera de mis caricias, lo era yo mas; solo él tenia derecho á besarme; si otra persona se permitia darme un beso en el rostro, en seguida me limpiaba con el pañuelo, como para borrar las huellas de una caricia que no venia de sus labios.

—Pero los tuyos, por lo visto, no saben hablar mas que de mi ternura, y se olvidan de referir cómo se obró mi educacion por causa tuya.

—Ahora lo diré, repuso María sonriendo; es algo duro el confesar las propias faltas. Porque habeis de saber, mi buen Gustavo, que yo no eduqué á mi padre con el ejemplo de mis virtudes. Ya os he dicho que mi madre no era dichosa, se habia casado muy joven, y vivia atemorizada y mal comprendida por un esposo algo brusco.

—¡Cómo! ¡Algo brusco! Muy brusco, querrás decir, exclamó el coronel, acercándose á su hija. Las cosas deben decirse tales como son. ¿A qué andarse con rodeos y paños calientes?

—Bien, convengo en que mi buen padre tenia un carácter violento, arrebatado, despótico.

—¡Eso! ¡eso! Así va bien, continúa.

—Con ese carácter, no era fácil que se aviniera el de una señora fina, delicada y sensible, y mi madre lo era en sumo grado. Su esposo, acostumbrado al rigorismo de la disciplina, queria gobernar su casa militarmente y mandar á su mujer lo mismo que á sus coraceros. Al menor descuido, encolerizábase, y su ira estallaba con la violencia del rayo: no era dueño de reprimir sus ciegos impulsos, ni queria tomarse tal molestia, de modo que vivíamos en una atmósfera cargada y tempestuosa. Mi madre solia decir, que apenas veia dilatarse la nariz de su esposo, corria por todo su cuerpo un escalofrío, y se le encogia el corazón de modo que ni respirar podia.

Varias veces me habeis dicho que me parezco mucho á mi padre; por desgracia nos parecíamos en los defectos tan-

to como en las facciones. Ora consistiera en el temperamento, ora en el ejemplo y la educacion, ello era que mis excesos de cólera eran completamente militares. Ya sabeis que los niños son como los monos, que todo lo imitan: yo imitaba los arrebatos furiosos de mi padre, sus gestos, sus actitudes, y hasta sus términos; si no me apropié sin reserva todo su vocabulario de cuartel, dése gracias á Dios y no á mí.

La primera vez que me vió papá encolerizada, quedó encantado al descubrir una miniatura suya. ¡Pero cuán exacta! Los mismos gestos, el mismo lenguaje y entonacion. Ufano al ver su copia, no se contentó con admirarla él solo, y como yo no escaseaba las ocasiones de lucirme, casi no hubo ningun compañero de armas á quien no le hiciera testigo de mis arranques. Ellos se reian á mas no poder; solo mi madre suspiraba y me reñia, pero mi padre la sellaba los labios diciendo con aspereza: Dejadla en paz, señora, la hija de un coronel no está bien que sea una mojigata como vos.

—¡Valiente necio! refunfuñó el coronel á pocos pasos de la ventana.

—¿Deciais algo, papá? preguntó María interrumpiendo su relato.

—No, hija, es que hablo conmigo mismo, repuso el veterano, sacudiendo la ceniza de su cigarro; prosigue.

—Una circunstancia imprevista produjo un cambio muy útil y felicísimo en la vida doméstica. Tenia yo cosa de ocho años y medio, cuando una mañana me hallaba junto á la chimenea enredando con las tenazas en la lumbre. Suelta esas tenazas, criatura, que te vas á quemar los dedos, gritó mi aya, que por cierto era una señora entrada en años. Yo no hice caso. Ella insistió en su orden, y yo en mi desobediencia. Por último, se acercó en actitud amenazadora, y yo sin mas ni mas, la tiré al rostro las tenazas, que se habian puesto encendidas como brasas. Por fortuna pudo desviarse, y el hierro candente fué á caer sobre una silla, cuyo forro se quemó.

A los gritos del aya, acudió mi padre, y se informó del caso. El forro de la silla y las tenazas candentes deponian contra mí: ante aquellos mudos testigos, convencióse de lo fácil que hubiera sido causar la muerte de aquella pobre señora. Entonces, como su corazón era bueno y justo en el fondo, sublevóse contra mí. Por vez primera me sacudió, llenándome de improperios, entre los cuales uno fué llamarme... ¡cobarde!

Yo estaba pesarosa y arrepentida de lo hecho; apenas habia soltado el proyectil, sentí un dolor vivísimo, y el espanto sucedió al arrebato de la ira; mis lágrimas comenzaron á correr en abundancia, pero al oír en los labios de mi padre la palabra de cobardia, secóse mi llanto, y el orgullo maldito me hizo exclamar. ¿Por qué me acusais de cobardia? ¿No habeis hecho lo mismo que yo muchas veces? ¿Ayer mismo, no tirásteis vuestro baston de mando á la cara de un viejo caporal?

Si una chispa eléctrica hubiera caído á los piés de mi padre, no le hubiera hecho la impresion que mis palabras: quedóse frio, pálido, mudo, consternado, y mirándome con una expresion de sorpresa dolorosa que me penetró hasta el fondo del corazón. Conoció que habia desgarrado el suyo. Despues, sin pronunciar una palabra, encerróse en su despacho.

—Necesitaba estar solo, dijo el coronel con acento conmovido. Estaba como aturdido, mi alma sufría horriblemente, pensaba en lo que podía ser de tí, media el abismo en que pudiste caer. Tu rostro; tu fisonomía, trastornada por la pasión; tus ojos, que relucían como los de un gato salvaje, tenían un no sé qué de feroz. Esto me anonadaba. Mi hija, la hija de mi corazón, podía ser un monstruo, y todo por culpa mía, por haberla dado mal ejemplo y aplaudido sus primeras faltas... Por no haber corregido las mías, á fin de no perder la fuerza moral que se necesita para corregir las de otro.

Me veía responsable ante Dios y el mundo de la desgracia de mi pobre hija, á quien había faltado poco para ser homicida; parecíame oír que la llamaban asesina, verla marcada con el sello de la reprobación universal, conocida en el mundo por ese nombre horrible de *mala mujer*. Entonces tuve lástima y horror de mí mismo.

—Yo, añadió María enjugándose una lágrima, corrí á la puerta de aquel despacho, repitiendo: Abre, papá mío, pero con voz tan ahogada, que no me oíste; quise abrir la puerta, y no era posible. Cuando saliste al comedor me dieron fuertes impulsos de arrojarme á tus piés y pedirte perdón, pero me detuve mas por vergüenza que por orgullo. Cierta piedad me impedía confesar en voz alta mi yerro; le reconocía y hubiera querido repararle á costa de cualquier sacrificio. Te miraba en silencio, con la esperanza de que me dirigirías la palabra, y te callaste; al día siguiente, llevé á tu cuarto un ramito de flores que recogí en el jardín, y deslicé dentro de los pliegues de tu servilletita un hermoso albaricoque que había cojido en el árbol encaramándome por las ramas. Confiaba en que mis finezas te conmovieran, pero tú no comprendiste nada; era la única vez en que te veía conmigo tan adusto como lo eras con los demás.

—Es que por vez primera también, me había detenido á leer en el fondo de mi alma, repuso el coronel en tono grave; hasta entonces había sido mas bien hombre de acción que de pensamiento, ejecutaba sin meditar. Defectos y cualidades brotaban espontáneamente de mi naturaleza ruda y vigorosa; el examen, el análisis, los escrúpulos de las conciencias delicadas que tienden á perfeccionarse no entraban para nada en mi conducta. Obraba bien ó mal, según el impulso del momento. No cuidaba de corregir mis defectos ni de cultivar mis prendas, cualidades y entendimiento.

La escena de las tenazas rasgó el velo que cubría mis ojos. Con la doble vista del cariño paternal me ví tal como era, y te ví tal como podías llegar á ser. Puede uno ser tibio para corregirse; un padre amoroso no lo es para remediar los males que amenazan á sus hijos. El que transige con las imperfecciones propias, desea que sus hijos no las tengan.

Yo era hombre de carácter resuelto, y apenas conocí la verdad, tomé mi partido; es necesario que me reforme antes de meterme á reformador, dije para mis adentros, y aquel mismo día puse manos á la obra; pero no se avanza por la senda del bien tan rápidamente como por la del mal, es mas difícil subir que bajar, y el desarraigo de los vicios no es obra de un día. Mi proyecto rayaba en heroico, y no es el heroísmo cosa que siempre se tiene á mano. Mas de cuatro recaídas me probaron cuán débil es el hombre que se tiene por mas fuerte. Preguntadle á esa ingrátilla cuántas veces se rió de mis esfuerzos para enmendarme.

(Se continuará.)

CAMILA ÁVILÉS.

TEATROS.

Ocioso parecerá á primera vista que tornemos á hablar de la materia á que se contrae el epígrafe de este artículo con relación á los coliseos de la corte, cuando todos se hallan cerrados en la actualidad, hasta el de los *Campos Eliseos* destinado á dar señales de vida en esta estación del año.

Bien considerado, no carece de fundamento nuestro proceder.

Por una parte la proximidad de la inauguración de una serie de funciones extraordinarias que comenzarán pasado mañana, y por otra algunos trabajos preparativos de que ya se va hablando tocante á la formación de compañías para el año cómico inmediato, justifican el que hoy aventuremos cuatro palabras sobre el asunto que da origen á estas reseñas semanales.

Hablemos, pues, aunque poco sea, de una y otra cosa.

Ya decíamos á principios del mes, en una revista de Madrid publicada en este semanario, que en el teatro de la

ZARZUELA iban á verificarse representaciones dramáticas italianas por la compañía á cuyo frente se halla el celebrado actor trágico Ernesto Rossi. Para el 25 del actual fijábamos el principio de aquellas, y ahora repetimos que en dicho día ó en el siguiente se inaugurarán. ¿Será esto con el *Hamlet* del gran Shakspeare? Así lo indican los anuncios, y nada tiene de particular, puesto que en Barcelona se presentó al público con la misma tragedia.

Los periódicos de dicha ciudad y la generalidad del público tributan unánimes y apasionados elogios al mérito del trágico en cuestión. Por lo que hace á los círculos de la corte apenas si le nombran, manteniéndose en una imparcial indiferencia hasta fallar por sí mismos.

No sucedió esto con la Ristori.

Pronto veremos al Sr. Rossi, y sin dejarnos llevar de ajenas inspiraciones podremos juzgar individualmente quién tiene razón tratando de tan reputado artista, si sus encomiadores calurosos, ó algun escritor español que hablando de él en cierta obra le tacha, según parece, de exagerado

en sus maneras y en la escuela á que pertenece.

Nosotros le veremos con placer, porque de antaño deseábamos asistir á las representaciones de una tragedia cuyo protagonista estuviere encomendado á un actor exclusivamente consagrado al género: deseábamos conocer hasta qué punto nos dominaba el *terror trágico* viendo la enérgica fisonomía de un hombre, ú oyendo un acento varonil expresar el furor arrebatado en *Orestes*, los irresistibles celos en *Otelo*.

De seguro encontrará la generalidad del público por extremo exajerada la *tessitura* artística, digámoslo así, del actor Rossi, si á su reputacion corresponde; pero debe tenerse en cuenta lo habituados que estamos al tono familiar de la comedia del día, y así comprenderemos que ojos acostumbrados á sencillos y simpáticos cuadros de género, se avienen con dificultad á los terribles asuntos y formas hasta cierto punto convencionales de las pinturas *históricas*.

Estas someras consideraciones sobre una sola faz elevada del arte, nos hacen recordar el estado poco lisonjero del propiamente español en los presentes días.

Todos los años por este tiempo, han sido ya entregados á la curiosidad del público los títulos de una docena de obras dramáticas destinadas á nacer al mundo literario en la próxima temporada. Hoy podemos decir que está casi terminando Agosto, y ni uno solo han publicado los periódicos; se entiende, de obras de importancia y significacion.

Por otra parte, la zarzuela, que ya había llegado á una edad de completo desarrollo, parece desahuciada y próxima á morir de resultas de la dolencia que le han acarreado sus propios desarreglos en los últimos años. Hasta el coliseo que lleva tal nombre, variará pronto de título, segun tenemos entendido, y se denominará en adelante teatro de Jovelanos, confirmando oficialmente lo que se hacia en la conversacion vulgar.

Pero de esto no hablemos mas por ahora: tiempo vendrá en que se toque con mayor detenimiento dicha cuestion delicada. Solamente diremos, para concluir, que sentimos de todas veras el estado desesperado del género dramático-lírico, porque en él tenían los autores y los compositores un noble estadio de combate; porque no demostraba en nuestra sociedad un vacío que en ninguna, que es ilustrada, existe; porque su abandono va á dejar sin pan á innumerables familias.

Tambien revela el estado de postracion del teatro en general la falta de noticias seguras sobre formacion de compañías. Si algo se dice de vez en cuando, carece de vitalidad y permanencia. Hoy aparece trazada una combinacion de actores para determinado coliseo, y mañana se ha disipado como el humo. Así, pues, no nos atrevemos á reproducir lo que se susurra respecto al probable personal de los teatros de verso, porque todo radica en la region de las conjeturas. Para la ZARZUELA (que ya reniega de la música) se habla de la compañía de los Sres. Catalina, ó de una formacion á cuyo frente estará el Sr. Valero: para el PRINCIPE se indica al Sr. Romea con su cuadro de actores, el Sr. Dardalla con su hija y el Sr. Zamora, pero nada puede asegurarse.

Sáquenos el tiempo de dudas.

Únicamente parece ofrecer datos ciertos NOVEDADES. Hechas en su local notables reformas, ya se halla establecida la base de una buena compañía, á ser ciertas las últimas noticias. Compónenla el primer actor D. José Mata, procedente del *Principal* de Barcelona; su esposa, la primera dama D.^a Enriqueta Liron, de igual procedencia, ambos reputados; el gracioso D. Mariano Fernandez, y la característica D.^a Manuela Ramos.

Esto es cuanto por hoy sabemos.

DIEGO DE RIVERA.

MODAS.

Explicacion del Grabado de Modas.

El grabado adjunto ofrece un modelo de *figara* para sociedad, en verano, presentado por delante y por la espalda. La inmensa aceptacion que esta prenda tiene, sobre todo para trajes destinados á la primera edad de la mujer, á esa edad en que empieza á presentarse en el mundo, llevando por principal atavío su candorosa sencillez, creemos que hará este modelo recomendable para una gran mayoría de nuestras lectoras.

La figara del modelo, presentada en dos figuras y de dos telas, es en ambas de un solo corte; la primera figura la ostenta en muselina blanca, adornada de presillas de entredos de guipure blanco, entre dos puntillas de guipure

tambien, con cinta de terciopelo azul celeste por debajo de las presillas; la segunda, la muestra de alpaca blanca con guarnicion de seda azul ó grana encañonada, cinta de igual color y bullonado de seda (dientes de lobo) entre las cintas. Este adorno va en ambas por todo el borde exterior, cuello y costuras del costadillo, y pegadura de la hombrecilla. En los dos modelos la figara carece de manga, debiendo acompañar á la de muselina el brazo desnudo, y completando la de alpaca una camiseta blanca debajo, con manga larga.

Por lo no firmado: el Director
y Editor propietario, P. J. de la Peña.

MADRID.—1866.

IMPRESA DE M. Campo-Redondo.—OLMO, 14